Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de ls S.I. Catedral de Zamora

EL ESCANDALO Y EL RESPETO HUMANO

Los dos grandes males que arruinan a la almas.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003- SEVILLA

INDICE

- **Presentación**....................3

Primera parte. EL ESCANDALO

- Necesitamos hombres....................5
- ¿Qué es el escándalo?....................7
- Gravedad del escándalo....................9
- El escándalo diabólico, directo e indirecto....................10
- ¿Cómo se manifiesta el escándalo?....................11
- ¿De cuantas manera puede darse el escándalo?....................13
- Hemos de evitar el escándalo....................16
- Consecuencias del escándalo y algunos ejemplos....................18
- Reparación del escándalo....................20
- Lo contrario del escándalo es el buen ejemplo....................23
- Testimonios sobre el buen ejemplo....................25

Segunda parte:. EL RESPETO HUMANO.

- ¿Por qué hay tantos hombres que no son cristianos?....................26

  1º Porque no pueden serlo

  2º Porque muchos no quieren serlo

  3º Porque muchos no saben serlo

  4º Porque muchos no se atreven

- El respeto....................31
- El respeto humano....................32
- ¿Cuándo se temen las habladurías?....................35
- El respeto humano es una cobardía....................36
- El respeto humano es una esclavitud....................37
- El respeto humano es una traición....................38
- Algunos ejemplos sobre el respeto humano....................40
- Males que acarrea el respeto humano....................43
- Testimonios sobre el respeto humano....................44

PRESENTACION

Querido lector:

Este pequeño libro lo he escrito para hablar del escándalo y del respeto humano, los dos gran - des males y los más extendidos en el mundo, que arruínan a las almas.

El escándalo es un mal ejemplo, que arrastra a otros al mal, y el respeto humano es la pésima cond - ucta de los que se avergüenzan de hacer el bien por temor de desagradar a los malos.

Mi finalidad es demostrar que el escándalo es un pecado enorme que mata a las almas con infa - mes ejemplos, y que el respeto humano es una bajeza, una locura y una cobardía ¿Por qué aver- gonzarse de hacer una obra buena, o sea, de aquel - lo que debiéramos gloriarnos ante Dios? "La cobard - ía de los buenos hace a los malos valien tes"...Nada degrada, envilece y deshonra como el respeto humano.

Amigo lector: Sé viril, sé hombre. No te avergüences ante nadie de parecer buen cristiano. ¡Qué cosa más baja y ruín es el temer cumplir nuestros deberes según conciencia, porque otros no se rían de nosotros!

Ten presente esto que dice Kempis: "Lo que eres a los ojos y al juicio de Dios, eso eres y nada

más. ¿Quién eres tu para que temas al hombre mort - al? Hoy es, y mañana no parece. Teme a Dios y no te espantes de los hombres. No esté tu paz en la boca de otros pues si pensasen de ti bien o mal, no serás por eso hombre diferente. El que no de sea conentar a los hombres, ni teme desagradecerles, gozará de mucha paz".

Nuestro deber ha de ser vivir como cristianos ejemplares y pisotear todo respeto humano, si - guiendo la conducta de San Pablo: "Yo no me aver - güenzo del evangelio"(Rom.1,16).

Benjamín MARTIN SANCHEZ
Zamora, 1 de octubre 1988

Primera parte

EL ESCANDALO

Necesitamos hombres

Refiere la historia que un día el célebre Dió - genes, filósofo griego, se fue en pleno día a la plaza de Atenas con una linterna encendida, y como llamase tanto la atención, le preguntaron, ¿Que ha - ces en pleno día con esa luz encendida? Y les con - testó: Busco a un hombre. Pero entre tantos hom - bres como se ven en la plaza, le replicaron, ¿no hallas a un hombre?.

La contestación del filósofo fue ésta: Estos no son hombres, no viven como hombres.

Nosotros, diríamos hoy, son muchos los hom - bres que vemos, pero no viven como cristianos.

Si preguntásemos ahora nosotros qué es lo que más falta nos hace en nuestra patria en la hora actual, también tendríamos que decir: nos hacen fal - ta hombres. Pero, se dirá, ¿acaso no tenemos hom - bres intelectuales y sabios, literatos y artistas, magis-trados y funcionarios, y hasta agricultores e indus-triales y obreros inteligentes? Ciertamente, los tene-mos, y si tratásemos de irlos enumerando nos haría-mos interminables, pues son innumerables; más lo

que nos falta hoy en nuestra patria son hombres cristianos, hombres que confiesen altamente su fe.

No faltan algunos, pero no tenemos bastan - tes hombres cristianos que vivan un catolicismo práctico.

Una nación vale lo que valen los hombres que la componen, porque de ellos parten los buenos ejemplos que arrastran a otros al bien. Tenemos, sí, hombres inteligentes, pero la inteligencia no es lo que salva a los pueblos, sino las costumbres puras y las conciencias rectas, en una palabra, un catolicismo práctico. Hoy lo que vemos son multitud de ruinas morales y religiosas.

Necesitamos, pues, hombres verdaderamente cristianos, y tendríamos que preguntarnos: ¿Por qué tantos hombres hoy no lo son? Más a esta pre - gunta contestaremos al comienzo de la segunda parte de este libro al hablar del respeto humano. En la actualidad nos vemos precisados a decir que no tenemos bastantes hombres cristianos porque el pecado del escándalo cunde en el mundo.

El célebre escritor Mons. Gibier dijo un día: "En muchas casas apenas una cuna o dos, en las que crece un niño, ídolo de la familia primera edad, pero que constituirá su vergüenza en su juventud. Todo reposa sobre esta cabeza, todo se le sacrifica ... ¿Por qué? Porque un día se lleva la muerte, de un solo golpe, este vástago delicado, o porque el pecado, más cruel que la muerte, lo devora como a su presa, y lo arroja, podrido en sus costumbres, en

medio de una sociedad para que se convierta en llaga de ella. ¿Por qué tenemos tan pocos? ¿Por qué? porque se ven privados de los buenos ejemplos de sus padres.

Si el padre no es cristiano, a los siete años lo advierte su hijo; a los diez, se asombra de ello, a los quince se escandaliza, y el primer grito de las pasiones, hace de ellos su arma. La apostasía de los hijos no es a menudo más que la consecuencia de la indiferencia paterna. El porvenir definitivo del mundo pertenece a los pueblos que tienen más familias numerosas, laboriosas y cristianas. Y el padre, precisamente, es el que las hace así; numerosas, laboriosas y cristianas".

¡Cuántos males acarrea el escándalo! Cuando los padres son indiferentes en religión, cuando ellos blasfeman o no van a Misa el domingo, lo que hacen con su mal ejemplo es arrastrar a sus hijos y a otros muchos al pecado. Esto nos mueve a hablar primeramente del escándalo y de su gravedad y del deber de repararlo.

¿Qué es el escándalo?

Según Santo Tomás, escándalo es una palabra, acción u omisión, que da a otros ocasión de ruina espiritual. Cuando uno dice o hace algo malo que induce a los demás a pecar, entonces se hace culpable de escándalo.

El escándalo es, pues, un mal ejemplo que arrastra a otros al mal. Un padre v.g. que blasfema, que no va a Misa el domingo ..., es ocasión de que sus hijos también blasfemen, y no vayan a Misa.

En general, podemos decir, que da escándalo, v.g. el que anda borracho por la calle, el que delante de otros usa palabras indecentes o echa maldiciones delante de los niños; el que presenta láminas pornográficas, representa comedias inmorales, trabaja sin necesidad en público los días festivos, no guarda en la iglesia la compostura debida, publica libros impíos, escarnece en los periódicos las verdades de la religión o sus ministros, etc. con lo cual se da ocasión al prójimo para hacer semejantes acciones, y le pone tropiezo (que es lo que escándalo significa).

Esto acontece principalmente con los niños, que imitan todas las cosas malas que ven en sus padres o mayores. El escandaloso se asemeja al que cava una hoya, en la que otro puede fácilmente caer y desgraciarse. El escándalo es pecado contra la caridad del prójimo.

Pero hay gente perversa que toman escándalo de las acciones más santas, como los fariseos se escandalizaban de los hechos de Cristo. Por eso se llama tal escándalo farisáico, o escándalo, no dado, sino tomado. El pecado está estonces de parte del que se escandaliza. De los tales avisaba el Señor a sus apóstoles que no hicieran caso, dicién-

doles: "Dejadlos, porque son ciegos y guías de otros ciegos" (Mt. 15,14).

Gravedad del escándalo

Las palabras de Jesucristo nos ponen de manifiesto que el escándalo es un pecado mortal, y bien clara aparece su gravedad en éstas: "Al que escandalizase a uno de estos pequeñuelos que creen en Mi, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino y le hundieran en el fondo del mar" Y añadió: "¡Ay del mundo por los escándalos! ... ¡Ay del hombre por cuya culpa viene el escándalo!" (Mt.18,6-7).

Nuestro Salvador considera el escándalo como un pecado enorme. Esto lo indica la expresión: "¡Ay del hombre...". Pecado ciertamente diabólico y satánico que impide la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Y en otro lugar dice: que el día del juicio hará recoger por sus ángeles todos los escandalosos y arrojarlos en el fuego del infier[illegible]brá aullidos y re[illegible]sesperación (Mt. 13, 41).

Jesucristo dijo también: "Es forzoso que haya escándalos", pero entiéndase que esto lo dijo refiriéndose a las persecuciones, a las burlas y a las calumnias contra los justos..., y porque en vista de la multitud de los seres corrompidos y de tanta malicia,

es imposible que no haya escándalos. Pero ¡Ay del que causa el escándalo!... ¡Ay del que es causa que otras almas pierdan la inocencia y sean ocasión de pecados ajenos!...

Grande fue el crimen de Caín, pero es mayor el del escandaloso que mata el alma con infames ejemplos... Caín mató a su hermano Abel, y el Señor dijo a Caín: ¿En dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mi desde la tierra. (Gén.4,9-10). ¿No es el escandaloso otro Caín? ¡Desgraciado! ¿en dónde está tu hermano el inocente Abel? Su sangre que has derramado, aquella alma que has asesinado, clama venganza.

El emperador Constante, después de haber matado a su hermano Teodosio, lo veía constantemente en su exaltada imaginación durante sus sueños; lo veía siempre presentándole una copa de sangre al propio tiempo que le dicía: ¡Bebe, bebe la sangre de tu hermano! ¡Oh escandaloso, mira la sangre inocente que has derramado! La copa está llena: ¡bebe la sangre de ese hermano que has asesinado con tus infames ejemplos!...

El escándalo diabólico, directo e indirecto...

El escandalo es diabólico si uno se propone como fin la perversión de las almas. Llámase así porque ese es el oficio del diablo.

1) Es directo, cuando existe la intención de hacer cometer a otros el pecado por medio del consejo, del mandato, la excitación, la protección, la burla, las alabanzas, la enseñanza, la promesa del premio, etc. Hay pecado aunque no se logre que el otro obre mal.

2) Es indirecto, cuando, aún sin intención de impulsar al mal, nuestras palabras o actos ponen en ocasión de pecar. Un buen cristiano ha de tener presente que el mal ejemplo actúa simpre negativamente sobre los demás, y que hay responsabilidad en los pecados que puedan seguirse. Por eso hay obligación de evitar no sólo lo que es pecaminoso, sino todo aquello que puede producir mala impresión, ya sea por ignorancia, y por la malicia del prójimo, como es el escándalo farisaico.

El escandaloso es particularmente censurable cuando se sirve de su autoridad, de su posición económica o de su fuerza moral o física para hacer pecar: los padres, los educadores, los amos, los maridos, etc. El más culpable, evidentemente, es el que tienta y excita para el mal. La persona violentada

puede quedar libre de pecado si opone toda la resistencia posible y no consiente.

¿Cómo se manifiesta el escándalo?

En el mundo siempre ha habido escándalos; pero en nuestros tiempos van creciendo desmesuradamente y se manifiestan de mil maneras: se ensanchan cada vez más las redes diabólicas donde caen las almas.

San Benito, célebre en la Historia (murió en 543). Fue enviado por su padre a Roma para el estudio de las ciencias y de las letras. Cuando se encontró en aquella gran ciudad, se espantó ante el peligro de perderse por los escándalos que daban los malos compañeros. Entonces huyó de la escuela, con el propósito de dejar los estudios, pensando que era mejor para él vivir ignorante, pero virtuosos, que ser docto y vicioso. y fue a refugiarse a un desierto.

Ahora digo yo: Si aquí estuviese este santo, ¿qué pensaría de esta Babilonia de escándalos en que nos encontramos? Escándalos hay por todas partes y bajo todas las formas: en las calles, en las plazas, en los negocios, en las fábricas, en las casas, en los colegios y hasta en las iglesias.

Hay escándalos de conversaciones malas, de blasfemias, de malos consejos, de perversas ense - ñanzas, de espectáculos..., escándalos de los jue - gos, del lujo, de las modas..., escándalos dados por los libros impíos y obscenos, por los periódicos y revistas ilustradas, por las fotografías... En fin, se vive en medio de toda clase de escándalos.

El apóstol San Juan dice: "Muchos escandalosos se han extendido por el mundo" (2,7) y gran - de, en verdad es su número.

La herejía y los cismas son grandes escánda - los...Las persecuciones contra la religión son gran - des escándalos... Los blasfemos, los profanadores del domingo, los padres negligentes, los hombres de odio, los impúdicos, los maldicientes, los calum - niadores, los orgullosos, los avaros, los hombres arrebatados y vengativos, los borrachos, los perezo-sos espirituales, etc, todos en general son es-candalosos. Muchos son pues los escandalosos...

Los malos escritos, los teatros licenciosos, ciertas maneras de celebrar las fiestas públicas, las reuniones en que se habla mal del prójimo, y la in - timidad entre personas de diferente sexo, son tam - bién escándalos, y muchas veces escándalos muy peligrosos...

¿De cuantas maneras puede darse el escándalo?

Aunque ya se deduce claramente de lo dicho, podemos reducirlas a éstas:

1) Por medio de la palabra: blasfemias, calumnias, conversaciones contrarias a la fe o a la pureza, burlas sobre las prácticas religiosas, ridiculizando la modestia y la honestidad, ensalzando placeres y amoríos reprobables...

2) Por medio de obras: conducta libertina e irreligiosa, profanación de los días festivos, embriaguez, fraudes, venganzas, relaciones inmorales o sólo sospechosas, exponiendo o vendiendo publicaciones obscenas, etc.

3) Por medio de modas indecentes, las cuales son sumamente nocivas porque fomentan la corrupción. Pío XII dijo un día en una audiencia a la juventud femenina (22-5-1941): "¡Ah! Vosotras no conocéis el fondo de la fragilidad humana, ni que humores de corrupción chorrean las heridas causadas a nuestra naturaleza por la culpa de Adán, con la ignorancia en el entendimiento, la malicia en la voluntad, con el deseo vehemente del placer y con la debilidad para el bien, de tal modo que el hombre "ve el bien y lo aprueba, y sin embargo, sucumbe ante el mal", que le arrastra al fondo con el peso del plomo.

"¡Oh! ¡Cuán justamente se ha dicho que si algunas cristianas sospecharan las tentaciones y caídas producidas en otros con trajes y familiaridades a que, en su ligereza, conceden tan poca importancia, se espantarían de su enorme responsabilidad! Nos, por nuestra parte, no dudamos en añadir: ¡Oh madres cristianas, si supiérais qué porvenir de internos afanes, de peligros, preparáis a vuestros hijos e hijas con vuestra imprudencia de acostumbrarles a vivir apenas cubiertos y haciéndoles perder el sentido de la modestia, os avergonzaríais de vosotras mismas y os espantaríais del ultraje que os hacéis a vosotras mismas y del daño que ocasionais a los hijos que el cielo os ha confiado para que crecieran cristianamente!

"Y lo que decimos a las madres lo repetimos a no pocas señoras creyentes y aún piadosas, las cuales, siguiendo ésta o aquella moda audaz, con su ejemplo hacen desaparecer las últimas dudas que retenían a muchas de sus hermanas libres de aquella moda, que tal vez sea la causa de su ruina espiritual.

Mientras ciertas modas sean exclusivas de mujeres de reputación dudosa, habrá muchas que no osarán seguirlas; mas en cuanto sean adoptadas por personas de buena fama, no se dudará un momento en seguir la corriente que arrastrará quizá a las más lamentables caídas".

4) Por medio de las diversiones, que hoy se han hecho posibles para todos por las buenas comunicaciones y por la abundancia del dinero.

Los grabados y la radio, el cine y la televisión, pueden ser, y frecuentemente lo son, medios para el bien; pero pueden convertirse, y de hecho ya muy frecuentemente se convierten en medios de corrupción. ¡Cuántas almas, no sólo juveniles, están sumergidas en la corriente corruptora de los inventos de la técnica moderna! ¿Quién podrá imaginar la marea de fango suscitada en muchas personas por la televisión, los grabados indecentes, por novelas impuras, por diversiones mundanas preparadas por empresarios sin conciencia, sostenidas por gente libertina y sin pudor, frecuentadas por una multitud de ingenuos y curiosos? ¡Cuánta corrupción en nuestra sociedad actual!

Hemos de evitar el escándalo.

Para evitar el escándalo hemos de estar prevenidos por ser muy fácil que se produzca y por ser temible en sus consecuencias. "Un poco de levadura, dice San Pablo, hace fermentar toda la masa" (1 Cor. 5, 6). El aire apestado ataca a la muchedumbre..., una enfermedad contagiosa se comunica sin que lo apercibamos..., el escándalo es un

olor mortífero, cuyas emanaciones llegan muy lejos...

"Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y échalo de ti, que mejor te es entrar en la vida manco o cojo que con manos o pies ser arrojado al fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo y échalo de ti, que más te vale entrar con un solo ojo en la vida que con ambos ser arrojado en la gehenna del fuego" (Mt. 18, 8-9).

Esto quiere decir: retiraos de un amigo, de un vecino o de cualquier otro que os escandalice, y aún cuando estas personas os fuesen tan necesarias como el ojo, el pie o la mano, cortad, arrancad, separad, romped toda comunicación y todo lazo con el escandaloso...

Hay que evitar el escándalo (y aún la desedificación) en cuanto sea posible, pero en este sentido:

1) Se deben omitir algunas veces las acciones buenas (con tal que no sean de obligación), si han de producir escándalo en alguno.

El que por su falta de salud, tiene licencia para comer carne en viernes, si entiende que de esto se han de escandalizar los que le ven comer, no la ha de comer delante de ellos. Y si no puede abstenerse, debe darles satisfacción de por qué la come lícitamente. Si con todo eso se escandalizan, no será suya la culpa.

El anciano israelita Eleazar quiso antes morir, que comer carnes lícitas pareciendo que comía las

prohibidas y quebrantaba el mandamiento de Dios, con lo cual hubiera dado escándalo a los jóvenes (2 Mac. 6, 18).

2) Mas las acciones mandadas por Dios, no se pueden omitir en ningún caso, porque alguno malamente se escandalice; pero se debe dar la conveniente explicación, para evitar el escándalo en cuanto está de nuestra parte.

Con la observancia de los mandamientos, no se da escándalo, sino buen ejemplo, y el que se escandaliza incurre en culpa. "Ninguno se escandaliza de lo bien hecho, sino las malas almas". "Es preferible permitir el escándalo de los insensatos, que desamparar la verdad" (Tertuliano).

Cristo sabía que los judíos se escandalizarían de que curase en sábado a los enfermos, y con todo, lo hizo muchas veces. Pero al propio tiempo los instruía, para que no tuvieran razón de escandalizarse: "¿Quién de vosotros, teniendo una oveja que cae en un pozo en día de sábado, no la toma y la saca? Pues, ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Luego es lícito hacer bien en sábado" (Mt. 12, 11-12).

Consecuencias del escándalo y algunos ejemplos.

Uno que ha sido escandalizado, fácilmente escandaliza a los demás. Y entonces, ¿quién podrá decir el número de pecados que se hacen cometer a otros por los escandalosos? El escándalo es como una chispa de fuego que suscita un gran incendio. Es como la gangrena que infecta una sola parte del cuerpo y luego se dilata poco a poco por todo él. Es como el contagio que un solo apestado puede llevar a muchísimas personas.

Y los daños del escándalo dado por una persona pueden durar hasta siglos. Enrique VIII, rey de Inglaterra (muerto en 1547) dio un gravísimo escándalo de impiedad y de deshonestidad a su reino, y desde entonces acá innumerables almas han perdido la fe...

¡Grande es la deuda que contrae con Dios el que da escándalos! Tendrá que dar cuenta no sólo de los pecados que él cometió, sino también de los que hizo cometer a otros. ¿Y cómo poder reparar tanto daño causado?...

Muchas son las almas que se pierden por los escándalos. Veamos algunos ejemplos:

- Por una mala lectura. El 29 de diciembre de 1843, fue ajusticiado en Saint Gall (Suiza), ante una enorme muchedumbre, el reo Pedro Waser, quien antes de morir dijo con los ojos arrasados en

lágrimas: "El libro de Strauss "Vida de Jesús" me ha perdido. Antes fui muy hombre de bien y apacible, nunca olvidé mis oraciones. Este libro vino a mis manos, y presto perdí la fe. Creíme que la religión eran patrañas para atemorizar a las gentes y que Dios, el alma, la eternidad, eran invenciones de los sacerdotes y religiosos. Por esta mala senda pronto llegué a no respetar la vida de los demás".

¡Cuánto mal puede hacer un libro pernicioso que socava la fe y la moral!

- Por una ratería vista en el cine. La he oido referir, pero como ésta se dan miles de casos en la actualidad. En enero de 1912 ante el Tribunal para menores en Francfort del Mein, un muchacho de doce años, alumno aun de una escuela y de familia honesta, por haber sido sorprendido arrebatando un bolso a una señora ante el escaparate de una tienda. El muchacho confesó al Tribunal que habiendo visto en el cine un hecho parecido, al hallar circunstancia favorable, quiso imitarlo".

No hay duda que es enorme la sugestión del crimen, viéndolo tan a lo vivo ante los ojos. El cine inmoral como la televisión obscena pervierten a las masas con el mal ejemplo. Los gobiernos que toleran tanta enseñanza ponzoñosa y no quieren implantar la religión cristiana en todos los colegios ya desde niños son los culpables de muchos males que presenciamos. ¿Quién no ve los muchos males que pueden sobrevenirnos por la senda del mal ejemplo?

Ante tantos males causados por el escándalo ¿qué hemos de hacer? Debemos deplorar todo escándalo y orar por los que los dan.

En el libro 2º de los Reyes (8, 10-12) se dice que habiendo visto el profeta Eliseo a Jazael, servidor de Benadad, rey de Siria, se turbó y su emoción se manifestó en su rostro, y aquel hombre de Dios vertió lágrimas. Jazael le dijo: "¿Por qué llora, mi señor?". Y Eliseo le contestó: "Porque sé cuantos males has de causar a los hijos de Israel: quemarás sus ciudades fortificadas, herirás con el corte de la espada a sus jóvenes, y aplastarás a sus hijos; harás también perecer a los niños hasta en el seno de sus madres". Jazael fue rey de Siria.

Hemos de imitar a Eliseo, derramar lágrimas y orar, porque Jazael tiene hoy muchos imitadores... Hemos de llorar amargamente las desgracias de los escandalosos, el mal que hacen a sí mismos, y los males que obligan a cometer... Hemos de orar para la conversión de los escandalosos, y para que cesen y queden reparados sus escándalos.

Reparación del escándalo.

Es necesario hacer penitencia de todo pecado. La ofensa hecha a Dios se repara con el arrepentimiento sincero, el firme propósito y la humilde confesión. Mas, si la ofensa a Dios ha perjudicado al

prójimo, no basta la confesión dolorosa: hace falta además reparar los daños. Es deber de justicia. Y la justicia exige la restitución de lo que se ha robado, se trate de bienes materiales o de bienes espirituales.

La restitución de San Raimundo. San Raimundo de Peñafort, español (muerto en 1275), fue un famoso profesor de la Universidad de Bolonia. Una vez disuadió de que fuera religioso a un alumno suyo de mucho talento y bondad, que acudió a él para aconsejarse.

Desde aquel mismo momento comenzó Raimundo a sentir un hondo pesar, un pensamiento le perseguía día y noche, diciéndole: "¡Ay, Raimundo!, ¿qué es lo que has hecho? ¡Has hecho de anticristo, robando a la Iglesia y a Jesucristo un joven de valer, que quedándose en el mundo se perderá!...". Mil veces se arrepintió y se confesó de aquel consejo mal dado; pero la voz de la conciencia le seguía gritando: "¡Ladrón! ¡Restitución!".

Por fin, para remediar el escándalo dado y para dar a Dios y a la Iglesia un sujeto, renunció a la cátedra de profesor en la Universidad y se hizo él mismo religioso, entrando en la Orden de Santo Domingo. De esta manera llegó a ser santo.

Para reparar el escándalo se debe:

1) Retractar las palabras dichas y los malos escritos, retirarlos del comercio y exigir que la nueva edición que se haga sea corregida. San Agustín

escribió sus Confesiones para retractar sus errores, y así lo han hecho otros muchos.

2) Quitar, en cuanto sea posible, todo aquello que influye malamente en las almas. Josías destru - yó los ídolos de Jeroboam (2 Rey. 8, 14). Jerónimo Savanarola echó a la hoguera en Florencia todas las figurillas, imágenes y libros escandalosos.

3) Dar buen ejemplo y rogar por las almas a quienes se ha escandalizado. Rara vez se podrá lle - var a cabo una acción directa, más bien es aconse - jable, en la mayor parte de los casos, interrumpir to - da relación que pueda recordar la ocasión del peca- do. Pero dar buen ejemplo y rezar fervorosamente, esto si que es posible siempre.

4) Oponerse a los escándalos. Cada uno en el círculo dentro del cual se desenvuelven su vida y sus actividades, ha de impedir todo lo que conduce al mal y ha de boicotear los grabados, representa- ciones, exposiciones, ambientes, que son ocasión de pecado. Unas veces bastará una advertencia a - mable, otras, será necesario hablar o actuar más e - nérgicamente. Nadie diga: No es incumbencia mía. Es incumbencia de todos y de cada uno oponerse al mal. Si los buenos tuviesen coraje, ¡cuántos es- cándalos se evitarían!

¿Serían, en efecto, tantos los suscritores de revistas, libelos y novelas torpes, si los lectores no comprasen sus inicuas producciones? ¿Habría tan - tas películas inmorales si todos los cristianos a una las boicoteasen, absteniéndose de asistir? La radio

y la televisión, ¿transmitirían tantas tonterías e idioteces si todos los buenos protestaran? ¿Habría tanta abundancia de revistas semanales a base de desnudismo si todos los buenos dejaran de comprarlas? ¿Habría tantas palabras soeces y tanta blasfemia si todos los que son honestos se armasen de valor y no permitieran en su presencia ciertas frases indignas de personas civilizadas?

Y si obráramos así, ¿no daríamos a las almas una ayuda decisiva y no daríamos otro rumbo a la historia?.

Lo contrario del escándalo es el buen ejemplo.

Un sacerdorte relataba el siguiente suceso acontecido en su casa paterna. Un hermanito de diez años pronunció una fea maldición. Al enterarse e! padre, reunió a todos los pequeños y les dijo con rostro severo y doliente: "Habéis oido alguna vez una maldición salida de mi boca?". Estas palabras tuvieron más eficiencia que una amenaza de castigo. El culpable asió la mano de su padre y le miró con ojos llorosos. Se hizo un grave silencio. Aquellos niños, ya siendo mayores, tenían muy presente aquel instante solemne, para ellos inolvidable.

La fuerza del buen ejemplo es más poderoso que las palabras, y aún más que azotes y castigos.

El ejemplo es el medio educativo que más aprove - cha.

Reparar con el buen ejemplo. Un buen mu - chacho dijo una vez a su párroco: ¡Oh, si yo fuera predicador! El párroco respondió: "Puedes muy bien serlo, si no con la palabra, con el ejemplo". Efectivamente, el que da buen ejemplo a su prójimo hace de apóstol. Por eso dijo Jesús: "Resplandezca vuestra luz delante de los hombres, a fin de que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt. 5, 16).

Cargado de cadenas en una procesión. Quien ha dado escándalo debe buscar expiación a su culpa. En Sevilla es muy venerada una imagen de Nuestra Señora que llaman "la Virgen de la Espe - ranza". Un mozo afrentó a tan milagrosa imagen hallándose en embriaguez, y fue condenado por el Tribunal a dos años de cárcel. Cumplida ya esta pe - na quiso arrepentirse públicamente. A la primera procesión fue tras la Virgen con manos y pies carga - dos de cadenas (1885).

Nadie puede negar la fuerza conquistadora del buen ejemplo. A esta fuerza apeló Jesucristo: "Ejemplo os he dado para que, como yo he obrado, así obréis también vosotros" (Jn. 13, 15). El ejemplo de fe y de rectitud de los cristianos íntegros fue y será siempre el arma más poderosa del cristianismo, mientras el mal ejemplo de los tibios y oportunistas causó gravísimos daños...

Se ha de dar buen ejemplo en todo y a todos: no sólo en la fidelidad a las prácticas de piedad, sino también, y sobre todo, en el ejercicio de las virtudes teologales y cardinales, no sólo en casa y en la iglesia, sino también, y especialmente, fuera de casa y de la iglesia (J. Zaffonato).

Testimonios sobre el buen ejemplo.

- La vida de los piadosos ha de ser útil no solamente para ellos, sino también para los demás; a fin de que lo que no se puede obtener con palabras, se logre con los ejemplos (San León Magno).
- La voz de las obras puede más que la voz de la boca (San Bernardo).
- Los hombres quieren más que palabras ejemplos, porque fácil es hablar, difícil obrar (Lactancio).
- Por el ejemplo de uno se corrigen muchos (San Ambrosio).
- Y si fuimos capaces de imitar a los inicuos en el mal, ¿por qué andamos remisos cuando se trata de imitar en el bien a los justos? (San Isidoro).
- Los ejemplos son tanto más dignos de imitarse, cuanto más excelentes son en punto a piedad (San Agustín).

- Los pecadores nunca abrazarían la penitencia, si faltasen los ejemplos de los buenos que los atraen (San Gregorio Magno).

Terminemos con estas exhortaciones de los apóstoles:

- Sed irreprensibles y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandezcáis como lumbreras del mundo, manteniendo en alto las palabras de vida que yo os he predicado (Fil. 2, 15).

- Queridos míos, yo os suplico que llevéis una vida ajustada entre los gentíles, a fin de que, por lo mismo que os censuran como a malhechores, reflexionando sobre las obras buenas que observan en vosotros, glorifiquen a Dios en el día que los visitará (1 Ped. 2, 11-12).

Y finalmente, sírvannos estas palabras del apóstol Santiago de consuelo: Quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados (Sant. 5, 20).

Segunda parte

RESPETO HUMANO.

¿Por qué hay tantos hombres que no son cristianos?

Después de haber empezado diciendo en la primera parte que lo que necesitamos eran hombres cristianos, me parece oportuno empezar exponiendo brevemente en esta segunda parte, por qué hay tantos hombres que no son cristianos, y sin duda nos vemos precisados a decir que muchos no son cristianos.

1º Porqué no pueden serlo.

La razón por la cual muchos no pueden ser cristianos, es porque les falta la base, es decir, porque no asisten a la catequesis parroquial y no van a oir la santa Misa donde se da la instrucción religiosa.

Muchos ya de mayores que recibieron en su infancia nociones religiosas muy incompletas, metidos en el ambiente del mundo, al llegar a los veinte o treinta años, no piensan en reconquistar tales nociones no profundizar en el estudio de la religion, unas veces porque carecen de tiempo no se dirigen a los buenos libros que podrían instruirlos, y otras

veces por no tener gusto para leerlos o estudiarlos, quedan sin la instrucción debida.

Con razón se ha dicho que sin domingo no hay religión, no hay instrucción religiosa, porque so - lamente por una asistencia asidua la enseñanza ca - tólica iría entrando en sus oidos por la predicación. Además el domingo, mediante la oración pública y social, se pone el hombre en relación con su Crea- dor. Después de llevar, durante la semana, el peso del día y del calor, reposa el domingo, se realza, se transfigura. Se libra de la vida material de los cam- pos, del taller, del despacho, para dar aliento a su vida moral y religiosa. De ahí la justificación de la frase: sin domingo no hay religión.

Por desgracia, ¡cuántos hombres hay que no conocen el domingo, y que, por consiguiente, no tienen religión!...

2º Porque muchos no quieren serlo.

En nuestro mundo descristianizado no faltan grandes pecadores que sienten la necesidad de re - conquistar la gracia y algunos frecuentan los sacra- mentos, mas otros se niegan a volver a las prácticas piadosas y a vivir un verdadero cristianismo con el audaz pretesto de que pueden prescindir de él y prácticamente no viven como cristianos.

Unos se creen buenos, los otros son malos y rechazan violentamente una religión que condena sus pasiones desordenadas. De ahí resulta que hay muchos incrédulos, y es que la religión por sus

misterios, tiene en contra suya todos los prejuicios del espíritu, y, por su moral, todas las pasiones del corazón. Ser incrédulo, es fácil; no se necesita ni inteligencia, ni ciencia, ni fuerza de natural; basta dar oidos a las inclinaciones de las pasiones que nos son queridas y que el cristianismo reprueba.

Para ser cristianos, es preciso combatir las malas inclinaciones, y cuando pienso con qué santa severidad condena el Evangelio todos los vicios, todas las pasiones desenfrenadas, el orgullo, la voluptuosidad, la codicia, ¿sabéis lo que me asombra? No que haya incrédulos, sino más bien que haya cristianos. Sí, todo se levanta contra la religión, excepto la verdad... La religión tiene en contra suya las malas pasiones del corazón, y de ahí que muchos no la quieran... Muchos paganos, por lo mismo, se ven impedidos de hacerse cristianos, debido a la moral evangélica... Los grandes, los únicos enemigos del cristianismo, son las malas pasiones. "Quitad vuestras pasiones, y creeréis", dijo Pascal. Mirad. ¿Cuándo desaparece del corazón la fe? Cuando las pasiones introducen en él el desorden. ¿Cuándo vuelve? Cuando la vejez o la presencia de la muerte restablece la calma...

3º Porque muchos no saben serlo.

Como dice Mons. Gibier, el cristianismo posee todo cuanto se necesita, para cautivar la inteligencia y el corazón del hombre. Su dogma, su moral y culto son admirables. ¿Qué le falta, pues, para

imponerse a todos? Unicamente le falta ser conocido. Esto respondía a los paganos el más elocuente de sus defensores, Tertuliano. Se condena a la religión cristiana porque no se conoce. Laharpe convertido decía a los incrédulos de su tiempo: "Señores, examinad como yo, y como yo creeréis".

Desgraciadamente, muchos hombres no examinan; y aún muchos hombres muy ilustrados no conocen el cristianismo. ¿Por qué esta ignorancia religiosa?.

La miseria de los tiempos entra por mucho; no se ha tenido la dicha de recibir en la infancia una sólida enseñanza religiosa, y aún los mismos que fueron muy instruidos conservan un vago recuerdo de las nociones catequístas recibidas en su primera edad...

La profundidad de la ignorancia religiosa es grande. Una muchedumbre de hombres muy inteligentes, muy ilustrados sobre otros puntos son nulos en el punto capital de religión... No saben qué es la gracia, qué es un sacramento, qué es la redención, etc... *(Para el que quiera estar formado en religión, tener ideas básicas y en compendio todo lo más esencial de la religión, le recomiendo mi libro: EL TESORO DEL CATEQUISTA. El "Astete" explicado en 60 breves lecciones, que abarcan toda la teología, puede adquirirlo pidiéndolo a estas señas: HETESA Ediciones. Apartado 648. Salamanca, o bien al Apostolado Mariano de Sevilla)*

4º Porque muchos no se atreven.

¡Cuántos hombres hay que son todavía cristianos en su interior, pero no se atreven a manifestarlo! Tienen miedo, tienen mucho respeto humano. Tienen miedo de los furores de la impiedad. Tienen miedo de la sonrisa de los incrédulos. Tienen miedo de la opresión del poder público. Tienen miedo... y se callan cuando deberían hablar, y se abstienen cuando deberían obrar, y se ocultan cuando deberían mostrarse.

Hay entre los cristianos una enfermedad vergonzosa, y para ocultar su bajeza se la llama con un nombre poco apropiado. La enfermedad es el miedo, la cobardía. El nombre con que se la denomina es: respeto humano.

Antes de hablar del respeto humano, hablemos del "respeto" en sí.

El respeto

El respeto consiste en reconocer la excelencia de una persona o cosa y rendirle el homenaje que se merece.

El respeto, dice Santo Tomás, se funda en la excelencia de la persona (respetada); por esto a las diversas clases de excelencia corresponden diversas especies de respeto. Se puede respetar a los hombres por lo que hay de Dios en ellos, por ejem -

plo: la gracia, la virtud, o por lo menos la imagen natural de Dios".

Respeto es la reverencia que un inferior debe al que es superior a él en dignidad. Merecen respeto nuestros padres, el rey, las diversas autoridades o superiores y ante todo el Papa por ser el Vicario de Cristo en la tierra. También merecen respeto las cosas sagradas, vg. la Iglesia o casa de Dios, donde suele estar el Santísimo, el cáliz, los vasos sagrados, las reliquias de los santos y hasta el domicilio ajeno; mas el mundo, las personas mundanas y malas lo que merecen es desprecio...

En la Escritura Santa leemos: "El hijo honra a su padre y el siervo teme a su señor. Pues si Yo soy Padre, dice el Señor, ¿dónde está mi honra? Si Yo soy el Señor, ¿dónde está la reverencia que se me debe?" (Mal. 1, 6).

La virtud merece todo nuestro respeto. Refiere la historia que "las dos hermanas de Irene habían muerto quemadas por no haber querido entregar las Santas Escrituras; mas para ella se imponía una pena más severa. El juez lo pensó bien, y con solemnidad le dijo: "No mandaré que salgas repentinamente de esta vida como tus hermanas; sino que ordeno a los guardias y a Zósimo, verdugo público, que te coloquen desnuda en el lupanar; cada día recibirás de palacio un pan, y los guardias no permitirán que te alejes de allí". Pero fue tal el respeto que infundía a todos la doncella cristiana que ni "uno solo", dicen las Actas, se

atrevió a acercarse a ella, "ni hacer ni decir contra ella algo torpe" (Ricciotti. La era de los Mártires, 137).

El respeto humano.

Cuando hablamos del respeto humano sole - mos referirnos a un obstáculo que con frecuencia suele hallarse en el camino del bien. El respeto hu - mano, en lo que tiene de censurable, y tal como suele entenderse, es el miedo al que dirán, y es el respeto exagerado a lo que piensan los demás, es dejar de obrar el bien para no disentir de los otros, o sea, es el miedo de aparecer bueno, de hacer obras virtuosas por temor a lo que diga el mundo.

Santo Tomás de Aquino hablando del respe- to humano dice: Se puede respetar a los hombres de dos maneras: por lo que tienen de Dios, por ejemplo, la gracia, la virtud o por lo menos la imagen natural de Dios; en este sentido son dignos de vitu - perio quienes no los respetan; y es posible aplaudir en los hombres lo que no quiere Dios; en este sen - tido son dignos de alabanza quienes no los res - petan".

El respeto humano o el miedo de mostrarse cristiano es la plaga que en nuestros días arruina a tantas almas, sobre todo de jóvenes. Hemos de combatir el respeto humano porque es una solem-

ne locura. No hay que hacer caso de las habladurías del mundo, sino ser valientes en el cumplimiento de nuestro deber. El respeto humano es el gran espantajo que impide a tantos mostrarse cristianos.

¿El mundo habla? Déjesele hablar. ¿Se puede pretender cerrarle la boca? Ya podéis hacer lo que queráis, que el mundo seguirá hablando. Si váis a Misa, a recibir los sacramentos, el mundo dirá que sois unos santurrones; si frecuentáis los espectáculos, las diversiones, los bailes, dirá que sois unos ligeros. Si una joven vive retirada, es una hurona; si se deja ver, es una coqueta. Si uno mira lo que gasta, es un avaro; si alarga la mano, es un derrochón. El mundo siempre quiere emitir su opinión. ¿Quién es capaz de cerrarle la boca? El pretenderlo sería una locura.

Recordemos aquel ejemplo del padre y el hijo que van al mercado. Es muy expresivo el siguiente apólogo con el que se nos demuestra que al mundo no se lo puede hacer callar, y lo más hermoso es hacer lo que uno tiene proyectado sin hacer caso jamás del qué dirán. Lo refieren varios autores: Fue al mercado un hombre con su hijo y un borriquillo. "Mira qué dos -decían los pasajeros-, tienen cabalgadura y se rinden andando a pié. ¡Qué necios!". Entonces, dijo el padre: "Mira, monta, que se da que decir a las gentes". El hijo obedeció. A los pocos pasos, otros que critican: "Mira a ese, joven y robusto, va a caballo, y el padre a pie como un palafrenero. ¡Vaya hijo!".

Entonces el padre dijo: "Mira que habla el mundo! Baja, yo cabalgaré". Así lo hicieron. Pero otros encuentran qué decir: "¿Cómo? El padre, a caballo, y el hijo, tan joven y delicado, andando. ¡Qué crueldad!". El padre, de nuevo; "¿Oyes lo que dice el mundo? Monta también tu en grupa". Helos ahí cabalgando los dos juntos. Pero, al momento, se levantan otras voces: "¡Pobre jumento! Lo van a reventar. ¡Los dos encima! ¡Que indiscrección!".

"¿Sabes lo que nos queda por hacer?, dijo el padre: cargar con el jumento, llevarlo sobre nuestras espaldas; pero aún excitaría mayores críticas y risotadas. Mejor será que no nos cuidemos de lo que dicen y hacer lo que nos parezca". Es imposible cerrar la boca al mundo.

¿Cuándo se temen las habladurías?.

Si bien lo notamos, éstas no se temen cuando se trata de intereses materiales. No se omite ciertamente realizar un buen contrato, ni se deja escapar una buena ocasión de hacer fortuna por las habladurías del mundo. En estas cosas se hace lo que conviene, sin cuidarse de que hable o se ría.

Muchos no se preocupan de las críticas del mundo ni siquiera cuando tienen motivos para avergonzarse... Y si alguien les avisa que la gente habla

de su conducta poco correcta, responden: "¿Qué me importa lo que diga la gente?".

¿Dónde, pues, se temen las habladurías del mundo? En las cosas del alma. Si se trata de cumplir con la Iglesia, de ir a Misa, de observar la Ley de Dios..., entonces se le tiene miedo... Mas ¿quién es este mundo cuyas críticas se temen? ¿Son acaso los buenos? No. Estos os alaban y admiran si os mostráis sinceros en la práctica de la religión. ¿Son los más juiciosos entre los mundanos? Tampoco. También estos saben apreciar la virtud, aunque no la practican.

¿Quienes son, pues, los que critican y se mofan? Son los ignorantes, que, en general, son hombres sin honor y sin estima de nadie, los cuales no quieren ver en la buena conducta de los demás su propia condenación, y de los que os avergonzaríais de ser amigos. ¿Por qué temer el desprecio de estos? Esto sería una locura.

El respeto humano es una cobardía.

Pedro, cuando estaba al lado de su Maestro, alardeaba de valiente y se gloriaba de aparecer discípulo suyo. Sabía que Jesús era omnipotente y podía defenderle; mas cuando se vio solo y en peligro de ser apresado, renegó de Jesús delante de

una sirvienta y de un pelotón de soldados, pues al preguntarle: "¿Eres también uno de los discípulos de este hombre?", se atrevió a contestarles: No lo soy (Jn. 18, 17). Tal es la debilidad y la cobardía del respeto humano...

¿Que cobardía, por ejemplo, no atreverse a manifestarse cristiano con una sencilla señal de la cruz? ¿No es la cruz, dice San Agustín, la que nos bendice y el agua que nos regenera, y el sacrificio que nos alimenta, y la unción santa que nos santifica?... El respeto humano es cosa indigna y cobarde... Nada degrada, envilece ni deshonra al hombre como el respeto humano...

¡Cuántos discípulos más cobardes que Pedro tiene Jesucristo! Cristianos que delante de personas religiosas, de sacerdotes, alardean de católicos; pero en una reunión de hombres indiferentes se muestran anticatólicos como ellos. ¡Cobardes e hipócritas!.

Mujeres que hacen profesión de piadosas acudiendo a la iglesia; y cuando alternan en sociedad, compiten con las más mundanas, porque tienen miedo. ¿A quién? A unas cuantas mundanas, frívolas y escandalosas, que se burlan de las que no se ponen a tono con ellas.

A estos malos cristianos no les amenazan con el martirio, les amenazan con una palabra despectiva, con una sonrisa burlona y sucumben. Cobardía.

El respeto humano es una esclavitud.

El que se deja llevar por él, no es dueño de sus actos; siempre está pendiente de lo que dirán los demás. Y así sucede muchas veces que si una joven se hace un vestido, si va a decir una palabra, si va a realizar alguna acción, antes se pregunta: ¿qué dirán los que me vean?.

La víctima del respeto humano sufre una esclavitud vergonzosa, porque viene a someter al parecer de otro su voluntad y su conciencia.

La Virgen decía de sí: yo soy la esclava del Señor. El que está pendiente del que dirán tiene que reconocer: yo soy esclavo del mundo (P. J. Rey S. J.).

¿Qué cosa más servil que quedar reducidos, o más reducirnos a nosotros mismos a la necesidad de conformar nuestra religión al capricho de otro, y practicarla, no según el Evangelio, sino según las ideas de los demás, no dar señales de profesarla, ni cumplir los deberes que nos impone, siendo tan sólo cristianos según el capricho ajeno?.

San Agustín condena a los sabios del paganismo, a quien la razón manifestaba la existencia de un Dios único, y que adoraban a varios por respeto humano. Y por otro respeto humano, el cobarde cristiano no sirve al Dios que conoce y en quien cree.

Aquellos eran supersticiosos e idólatras; y éste, por respeto humano, es hoy infiel e impío. Aquellos para no atraerse el odio de los pueblos, practicaban lo que condenaban, adoraban lo que despreciaban, profesaban lo que detestaban, dice San Agustín.

Los paganos remedaban a los devotos, dice Bourdaloue, y nosotros remedamos a los ateos. En ellos no era más que una ficción que sólo interesaba a las dignidades falsas; pero la nuestra es una abominación real.

Obrar así es hacernos esclavos; y nacidos libres debemos serlo inviolablemente por Dios, a quien debemos fe, respeto, adoración, reconocimiento y amor...

El respeto humano es una traición.

¿Qué prometimos en el santo bautismo? Seguir a Jesucristo hasta la muerte. Y seguir a Jesucristo quiere decir seguir sus enseñanzas; tener como nuestros sus intereses y su gloria; reputar como hechos a nosotros los ultrajes que a El se hacen. Y así cuando oigamos blasfemar o que se insulta a Jesucristo o desprecian a su Iglesia o al Papa, nuestro deber de cristianos es rebatir esas blasfemias, mostrando nuestro desagrado y desaprobación.

A los que han de ser discípulos suyos, Jesucristo les exige una condición: que renuncien al mundo; pero el mundo sale al encuentro del discípulo de Cristo y le dice: si practicas la moral de Jesucristo me río de ti y te desprecio. ¡Cuántos por no oponerse enérgicamente a tal desprecio, atemorizados por la amenaza, quebrantan la promesa que han hecho a Jesucristo y complacen al mundo!.

Dejarse llevar del respeto humano es traicionar a Jesucristo. Y es inferirle una ofensa.

Pudiera preguntar Jesucristo: ¿Qué encuentras en mi de que tengas avergonzarte? Que te averguenzes de tener por amigo a un ladrón, a un deshonesto, a un criminal, pase; pero ¡avergonzarte de ser amigo mío, tu Redentor, tu Creador y tu Dios!.

Que te averguenzes de cometer una acción mala, una vileza, pase; pero ¿acaso mando yo a mis discípulos que cometan vilezas? ¿Hay algo más santo que mi ley? Yo soy Dios, tomé naturaleza humana y no me avergoncé de aparecer en la tierra como hombre; y tu, hombre miserable, ¿te averguenzas de aparecer como hijo de Dios?.

Observemos la conducta de los mártires. Podían evitar los tormentos y la muerte: bastaba que fingiesen adorar a los ídolos, conservando en el corazón la fe de Jesucristo. Pero no; sabían que el que no es cristiano ante el mundo, no lo es ante Dios; sabían bien la protesta hecha por Jesucristo, que "a quien le niega delante de los hombres, le ne -

gará El delante de su Padre celestial" (Mt. 10, 33); y con fortaleza de héroe presentaban el cuello al acero de los verdugos, gritando: "¡Soy cristiano!".

Y los cobardes que, cediendo a las amenazas de los tiranos, quemaban incienso a los ídolos, siempre fueron considerados como apóstatas y traidores a Jesucristo.-¿Qué diremos ahora de los cristianos, bastante más cobardes, que no se atreven a presentarse como tales en público, no ya por miedo a los tormentos, sino por un ridículo temor a las burlas y críticas del mundo?.

Algunos ejemplos sobre el respeto humano.

Estos ejemplos nos revelan la debilidad, la bajeza y la cobardía del respeto humano, y a su vez la valentía de cuantos lo saben vencer.

- Un pelotón de héroes. El emperador Constancio (a. 306), pagano, pero justo apreciador de los hombres, tenía entre los altos oficiales de su corte no pocos cristianos. Queriendo probar el temple de éstos sus cortesanos, un día los llamó a todos y, fingiendo querer perseguirles, les dijo: "Me he cansado de ver entre pies a tanto seguidor del Nazareno, y quiero desentenderme de ellos. ¡Cada uno de vosotros que escoja y diga, o el sacrificio a

Júpiter o a la condena!". A esta estimación, algunos, cobardemente se declararon dispuestos a apostatar; pero los más se mantuvieron firmes; "Señor -respondieron-, sois dueño de nuestras cabezas, pero no de nuestra fe, que la hemos jurado a Dios, que es superior a todos los reyes".

El emperador, admirando tal fortaleza, exclamó: "¡Oh pelotón de héroes, venid a mis brazos! Sois dignos de mí; el que es fiel a su Dios será fiel a su soberano". Y les colmó de honores, mientras apartaba de si, después de haberles degradado, a los que cobardemente habían hecho traición a su fe.

- El mundo condena la cobardía. Entró en una fonda un señor joven en traje de cazador, con su perro. Era un viernes, y mientras en la mesa redonda algunos jóvenes estudiantes devoraban su opíparo plato de carne, él, en otra mesa, pidió que le sirvieran de vigilia.

Los estudiantes clavaron los ojos en el forastero y comenzaron la letanía de sus burlas: "¡Mira el santurrón! ¡Esto huele a sacristía! ¡Abajo los curas! ¡Viva la libertad!".

El joven señor no dijo una palabra. Terminada su frugal comida, dijo al camarero: "Tráigame un trozo de pollo". Entonces los de la mesa redonda dijeron: "Ese santurrón se ha convertido". Y aumentaron la dosis de los insultos. Pero llegó la nueva vianda y el cazador se la puso al perro en la boca, diciendo: "Toma, Flok, tu eres una bestia y no estás

obligado a preceptos de la Iglesia; toma, pues, sin escrúpulo, y ¡viva la libertad de los animales que no tienen razón!".

Y dirigiendo un lacónico saludo a los presentes, se fué. Los burlones quedaron confusos, y algunos de los que se habían burlado alabaron en él el caracter valiente y el espíritu de franqueza.

- El rosario de un estudiante. En un colegio militar de París había un buen muchacho a quien la madre, viuda de un general, había dado como preciado recuerdo un rosario. El muchacho lo rezaba con frecuencia, aun entre una turba de compañeros descreídos. Una noche no encontró su rosario; pero rezó lo mismo sus oraciones.

A la mañana siguiente surge un jaleo de mil diablos entre los compañeros que habían encontrado el rosario. Y uno de ellos, más despreocupado, reta al compañero que lo había perdido a que vaya por él: "¿Quién es el capuchino que usa rosario? ¡Que venga ese imbécil!" Y mientras tanto cuelga el rosario de las ramas de un árbol.

Entonces se adelanta el jóven y grita audázmente: "Ese rosario es mío", y vosotros más impíos que el incrédulo Volney, que en una tempestad del mar sacó el rosario para rezarlo, os burláis; sabed que yo me glorio de rezar el rosario. El compañero burlón, se calló, y los demás aplaudieron. Y un oficial, testigo de la escena, golpeando al joven en la espalda, le dijo: "¡Bravo! Tu que tan valerosamen-

te sabes defender tu religión, de igual manera sabrás defender hábilmente la patria".

Hay que ser cristiano no según el capricho ajeno, sino según el Evangelio. No hay que aver - gonzarse jamás de ser buen cristiano. El sagrado deber de todos los hombres es preferir Dios a la cria - tura; y el respeto humano hace preferir la criatura al Creador. ¿Por qué, en efecto, llamamos a este res - peto humano, sino porque nos hace preferir la cria - tura a Dios?

No hay que avergonzarse de hacer el bien. Ten presente que "la cobardía de los buenos hace a los malos valientes".

Males que acarrea el respeto humano.

Los estragos que causa el respeto humano son desastrosos.

- Pecados de omisión. ¿Cuántas obras bue - nas se dejan de hacer en público por temor a los que puedan presenciarlas?.

- Pecados de comisión. Conversaciones in-decorosas, por no atreverse a soslayarlas. Inmodes-tias en el vestir, para no ser tenida por anticuada. Participar en diversiones pecaminosas, para que no digan que soy rara. Indignidades que se toleran, por no atreverse a decir: respétame. Conversaciones

que no acaban de cristalizar, por temor a las amistades, que se reirán del cambio de conducta.

Si Magdalena se hubiera dejado llevar del respeto humano, no se hubiera convertido. Si hubiera pensado: que dirán los fariseos que están sentados a la mesa con Jesús, no se hubiera presentado a El. Si hubiera pensado: que dirán mis amigos y mis amigas cuando vean que soy otra, no hubiera cambiado de vida.

Cuántas almas al hacer ejercicios, quisieran cambiar de vida radicalmente, y no lo hacen por temor a la sociedad donde tendrán que vivir. Por el fantasma del respeto humano, muchas gracias que Dios envía a las almas quedan inutilizadas.

De Tobías, el joven, hace la Sagrada Escritura una alabanza. Mientras todos iban a adorar los becerros de oro que había fabricado Jeroboán, Tobías solo se dirigía a Jerulalén para alabar en el templo al verdadero Dios.

Ir solo, quedar sola... Es éste un fantasma tan pavoroso, que pocos se atreven a enfrentarse con él. Si lo hacen los demás, se adoran todos los ídolos; y se abandona al verdadero Dios. Y, sin embargo, esos pocos valientes serán los que entren en el reino de los cielos (P. J. Rey S. I.).

Testimonios sobre el respeto humano.

-"Querer contentar únicamente a los hombres es desagradar a Dios" (San Hilario).

-"Temí ser despreciado y escarnecido": ¡des - graciado! no quieres ser despreciado del prójimo y, por esto, lo serás de tu Señor (S. J. Crisóstomo).

-"Poca cosa es tener a Cristo en el corazón y no confesarlo por miedo al qué dirán" (S. Agustín).

-"¿Cómo puede considerarse cristiano el que teme serlo declaradamente?" (San Cipriano).

-San Pablo dice: "Yo no me averguenzo del Evangelio" (Rom. 1, 16). "¿Es de los hombres o de Dios de quién he de desear la aprobación? ¿Trato acaso de agradar a los hombres? Si yo agradase aún a los hombres, no sería aún siervo de Jesucristo" (Gál. 1, 10).

Y Jesucristo nos· dice: "Quien se avergonzase de Mi y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su gloria y en la del Padre y de los santos ángeles" (Lc. 9, 26).

La fuerza, la gracia, la salvación y la gloria están en el desprecio del respeto humano...

¡Jóvenes! ¡Guerra al respeto humano! ¡No os avergoncéis de ser cristianos! Y cuando el mundo quiera imponerse a nuestra conciencia, responded que el que os ha de premiar es Dios; que no tenéis más que un alma y que a toda costa queréis salvarla.

¡Guerra al respeto humano! Y si el mundo, en son de burla, os pregunta por qué váis a Misa, por qué os confesáis... y no tomáis parte en diversiones ilícitas, contestad con una sola palabra: "¡Porque soy Cristiano!".

Imprime Cadigraf.s.a
Cl. Mendez Alvaro 34 - 28045 Madrid

Deposito Legal.M 41165-1988
I.S.B.N. 84-7770-143-1